

Virgilio y la poesía nueva

=Envío del autor=

Virgilio y la elegía.—En la obra de Virgilio no es posible determinar orientaciones exclusivas. Predominará, eso sí, en las **Bubónicas** el acento pastoril, el carácter didáctico en las **Geórgicas** y el épico en la **Eneida**, pero en ella pueden apreciarse, en consorcio que contribuye al interés de la relectura por el gozo del descubrimiento, casi todos los géneros literarios conocidos en el tiempo de Virgilio y que se tratan de definir en el *Arte Poético* de su amigo Horacio. No sería difícil por lo mismo, escogiendo el campo prototípico de la **Eneida** que allí encontremos el capítulo de la novela, los relieves de la alegoría, las imágenes del simbolismo, la intención de la fábula, la huella sensible de la elegía.

Esa fisonomía múltiple de las obras de Virgilio es prueba de que los géneros literarios se compenetran y se suceden y el agrado con que fuimos anotando, en varios de los fragmentos de su *Opera Omnia* un remotísimo antecedente de la sensibilidad moderna, coincide con nuestro pensamiento de la universalidad de la belleza, del curso circular de las inquietudes artísticas, del punto coincidente del clasicismo y del arte contemporáneo.

Fragmentos elegíacos hay en las obras de Virgilio, anticipación exacta de las actuales expresiones de la lira delicada y luctuosa.

La elegía moderna, como resumen y esencia de la tristeza universal, quiso diluir su llanto ingrátido en la extensa y difundida alma de las cosas. No se concretó, como el treno jeremiaco a ensayar su lamento sobre las ruinas de las grandes ciudades, ni buscó, como en los suspiros élegos que hallamos en los cantos homéricos, esa viril lágrima que humedece la faz de un compañero caído en el campo de batalla, ni escogió, como en el grito de la tragedia, el semblante de sublime descompostura, casi máscara de la demencia.

En Virgilio hay la firme aparición de todas esas formas de elegía, y de otras nuevas y en antes desapercibidas que quieren extender la piedad de su alma ciertamente religiosa hacia el mundo de los seres instintivos. También nos recuerda, con hondo llanto, la voz de los trenos, al advertirnos que murieron hasta las mismas ruinas. Canta la elegía del fuego en el incendio de Troya, vístese de contorno para dejar la pictórica impresión de la desgraciada muerte de Dido, resucita la varonil lágrima de los épicos en el llanto de Evandro sobre el cadáver de Palante, enlaza la visión de la muerte con el poder incontrastable del fatum cuando describe la mística agonía de Laoconte rodeado de las sierpes.

En el libro VII de la **Eneida** alborea una elegía de suave llanto pastoril. La cervatilla de Silvia, a quien amaba la humilde labradora, cae atravesada por un proyectil de caza, luego de huir del regazo de la campesina, en traviesa incursión. Silvia se conmueve con dolor primitivo e ingenuo y sus lágrimas se mezclan con el reguero escarlata de la sierva herida.

Elegía de más profundas voces es la que se deja escuchar en las **Geórgicas**, cuando describe la epidemia del ganado y allí se destaca, como relieve doloroso, casi de



escultura sensible, la muerte del toro que abandona la reja hincada en medio del trabajo, desmaya la pesada cerviz y parece despedirse con las pupilas murientes de "La sombra de los altos bosques", de "los prados de vestida grama" y "del río que entres peñas salta al valle" y se "derrama puro como el ámbar".

En el segundo libro de la **Eneida** y cuando Eneas relata a Dido el incendio de Troya, en el episodio de la entrega de los penates por Héctor, dice Virgilio que las murallas de la ciudad ardiente se comueven "con diverso llanto", y en estrofas posteriores, al penetrar Andrómaca a los interiores de la morada de Príamo, parece que las "bóvedas resuenan con femenino lamento".

Aquí la elegía universal comienza a unirse con las imágenes del más puro simbolismo.

El simbolismo.—Sunt lacrimae rerum... Del lamento de las cosas. En esta frase virgiliana que se ha considerado como intraducible, se contiene el alma profunda y vasta del simbolismo. También las cosas lloran a su modo, también las cosas tienen sensibilidad como nos lo dijera Rubén, pensando en la vida del árbol que es apenas sensitivo.

Atribuir sentidos humanos a las cosas, reconocer en ellas cierta vaga conciencia que responde al llamamiento de nuestros estados de ánimo, relacionar con nuestros recuerdos la vida del paisaje, localizar el otoño en la sequía de las fuentes, advertir que la primavera llega vestida con el multicolor manto de la floresta, esos fueron, entre otros, los caracteres del simbolismo adoptado con tanto vigor por la poesía francesa, hasta el punto que se pudo creer en que las figuras del símbolo, tan perfectas como aparecían en los poetas de Lutecia, fueron originadas de la cuna que meció al cantor de **Cordura**.

La gracia perfecta de los griegos y de los latinos se había superado ya en el arte de lo humano. No había más que pedir a las letras que nos daban, como en la gloria escultórica, la modelada efigie, y como en el arte pictórico, la vitalidad que se fija en sus armoniosos contornos y esplende en sus lucēs. Empeño de la forma para completar la impresión del examen clásico que dejaba determinadas las fronte-

ras de los géneros literarios, aplicando exclusiva música de poesía o singular entonación de frase y de período, a cada una de las emociones humanas, a cada uno de los caracteres y de los semblantes, a la fantasía y a la realidad, al drama y a la novela.

Se habían visto los hombres en el espejo roqueño de la Hélade eternal y en el pulido de la cultura latina, y conociéndose a través de los tipos universales, volvieron los ojos al mundo de la vitalidad más lenta y humilde. La imagen antigua habíase entonces hecho más profunda y en el cuerpo del símbolo los términos comparativos de la metáfora estaban compenetrados.

Virgilio anticipó, con adivinaciones geniales, el espíritu de la poesía simbolista. Eneas, al recordar el incendio de Troya piensa que muchas veces habrá sudado sangre la ribera dárdana, y en otro pasaje de su poema romano escribe una elegía simbolista, con alguna reminiscencia de las transmigraciones orientales al representar a Polidoro convertido en las ramas de un mirto y simbolista es, a su modo, cuando expresa que las almas predestinadas luego de tomar descanso en los Campos Eliseos y de animar a nuevos seres en peregrinaciones recomenzadas, son reabsorbidas por el alma universal del mundo, por el alma de las cosas...

La poesía nueva.—No es extraño el título de ultra precursor que uno de sus comentaristas ha dado a Virgilio, si reparamos en las relaciones que es posible encontrar entre algunos aspectos de la poesía virgiliana y del verso actual, del que se llama de vanguardia, aun cuando el término comience a envejecer.

La poesía actual se distingue por sus objetivaciones, por su laconismo, por aquella serie de metáforas interpenetradas y coexistentes, que hallarían equivalencia en la sorites de la Lógica.

Pocos poetas clásicos tan hábiles como Virgilio para la objetivación. Muchísimos de sus poemas, por la corrección y exactitud de las líneas descriptivas, por el acierto de las figuras, por el ambiente y el detalle, son verdaderos milagros de lo que puede el pensamiento literario para ofrecernos imágenes tangibles, seres casi vivientes.

Los fervorosos virgilistas aseguran que ninguno como el cantor de las **Geórgicas** para la sobriedad expresiva y el lujo del epíteto al que no se le pudiera buscar sustitutivo. De aquí la dificultad, casi insuperable, de las traducciones; el ajustado vigor, como para la eternidad, del tropo virgiliano.

En las nuevas corrientes poéticas tiende a reaparecer la poesía didascálica. Los inventos que sorprenden a los hombres de hoy, son a veces celebrados en el poema sintético y de trabajada imagen. Símbolos del siglo, los oficios de avanzada de los ciudadanos modernos, se recuerdan y se encarecen en el verso nuevo, aún relacionándolos con las imágenes antiguas y así se dice, por ejemplo, que los ángeles radio escuchas anuncian la madrugada.

Pero, y aquí la frase conceptuosa de Ortega y Gasset, el espejo de la belleza